

PINTURA RUSA REALISTA CONTEMPORANEA

La escuela rusa de pintura contemporánea más conocida en el mundo occidental, por no decir la única conocida, es la vanguardia de los años veinte. Es cierto que se conoce, si bien sólo de referencias y peyorativamente, salvo por algunos pocos especialistas, la pintura oficial del ya desaparecido régimen soviético, pintura que resalta y sobre todo embellece *ad nauseam* los éxitos del régimen, sus héroes, conocidos o anónimos, individuales o colectivos, todo lo que se ejecutó según el método del realismo socialista: *pintar... la realidad en su evolución revolucionaria... La veracidad y concreción histórica de una obra de arte debe conjugarse con el remodelamiento ideológico y la educación del pueblo trabajador en el espíritu del socialismo*; en palabras de Zhanov en su discurso imponiendo el *realismo socialista* en 1934.

Pero Rusia, la eterna Rusia resurgida hoy tras más de siete largas décadas de oscuridad, es rica en tradiciones artísticas mucho más importantes que las antecitadas; así, sin hablar de la pintura de iconos, importantísima, de raíces hondamente espirituales bizantinas, desde que Pedro el Grande incorpora Rusia al mundo occidental en los albores del siglo XVIII, el arte de la pintura —por no hablar de la escultura o la arquitectura— adquiere un gran renombre en toda Europa, más desde la creación de la Imperial Academia de Bellas Artes de San Petersburgo, donde profesan algunos de los mejores artistas franceses, italianos o alemanes, y de la que salen pintores que exponen en toda Europa.

En el siglo XIX surge la escuela pictórica realista rusa, como una reacción al clasicismo académico, imbuida primero del romanticismo y después claramente por el realismo que se desarrolla en toda Europa, pero principalmente en Francia y Alemania. Los pintores rusos de esta escuela, ligados por una parte a las tradiciones de la escuela de Düsseldorf y por otra a Barbizon, reflejan en sus lienzos toda la belleza del paisaje ruso, y así vemos desfilar a través del pincel de figuras como Levitan, Shilkin o Aivazovski, los bosques de abedules de la Gran Rusia, las estepas de Ucrania, los picos del Cáucaso o las marinas del Báltico y del Mar Negro.

Y esa escuela no murió ni con el cambio de siglo, ni con la revolución rusa, ni con el auge de las vanguardias ni con la imposición política del realismo socialista. Perduró, y es notable cómo a lo largo de los por otra parte apasionantes años de cambio artístico en este siglo, algunos de los

mejores pinceles siguieran cultivando el realismo para no perder sus raíces patrias, para no olvidarse de su Rusia pese a extranjerismos e internacionalismos. Y hoy día esos pinceles siguen trabajando y su obra, desaparecidas las fronteras políticas de dos regímenes contrapuestos en Europa, se conoce ya en Japón, en Alemania, en Francia, en Inglaterra.

Y en España ha sido Valencia la que ha tenido la gran oportunidad de conocer, en una exposición antológica celebrada durante todo el pasado mes de diciembre en el Museo de la Ciudad, la obra de los mejores exponentes contemporáneos de ese realismo ruso secular, miembros de la asociación de pintores Moskvorechie de Moscú.

SeSENTA y cinco cuadros de pintores de la talla de Iuris y Mijail Kugash, Igor Shilkin, Iuris Malenenkov, Vladimir Korkodim, y otros varios, nos han dado la oportunidad, inédita en España, de conocer los paisajes nevados del norte de Rusia, los bosques de abedules y hayas, los



campos del sur, las aldeas, las isbas con sus flores, las naturalezas muertas... Toda la mejor tradición conservada cuidadosamente, y transmitida de padres a hijos pintores — es el caso dos de los mejores artistas de esta exposición, Iuris y Mijail Kugash, padre e hijo— agrupados desde hace unos años en esta sociedad Moskvorechie para, dadas las difícilísimas condiciones de vida por las que ha pasado y sigue Rusia, anuar sus esfuerzos con una única finalidad:



que se conozca en Rusia y en toda Europa y el mundo que la mejor tradición de la pintura rusa, del espíritu eslavo, se mantiene viva por encima de toda contingencia política o social adversa.

Hoy, cuando, como escribí en otro lugar, las cruces de las cúpulas de las catedrales del Kremlin y de la basílica de la Intercesión de la Virgen en la Plaza Roja brillan bajo el cielo de Moscú más fuertes que las estrellas rojas de las torres del Kremlin, produce un verdadero gozo estético y espiritual que los bosques, las llanuras, los paisajes en suma de la eterna Rusia se hayan visto precisamente en Valencia, vueltos a recrear hoy por estos pintores, cuando otros estilos y otros métodos han quedado ya arrumbados por la historia.

JUAN ALBERTO KURZ MUÑOZ